

Dirección:
Caballeros, 13

Colaboradores
los que solicite el director

Plumas Noveles

SUSCRIPCIÓN
Un mes. . . . 0,25 pts.

Redacción y Admón.
San Gil, 1

SIEMPRE IGUAL

Titulo este artículo *Siempre igual* porque siempre que se ha tratado de «lo mismo» ha ocurrido «lo propio»; y digo esto, por lo siguiente: cuando se anuncia la aparición de cualquier periódico, «siempre se dice lo mismo» por los fundadores:

—¡No hay periódicos! ¡Los que hay están muy mal hechos! ¡Los directores y redactores no saben por dónde se andan!

Y otras mil cosas; y por último, dicen:

—¡Aquí estamos nosotros! ¡Ahora van a ver uno bien hecho!

Y en efecto: logran, por medio de sueltos y reclamos, que el público aguarde con impaciencia el primer número de la publicación anunciada; y cuál es su asombro al verlo, y que, «en efecto!», no se puede comparar con ninguno de los otros—pero es por lo malo—. Y aquí viene la decepción del lector, que engañado, lo ha comprado creyendo—por los reclamos publicados—que se iba a deleitar con él, y se encuentra con un pedazo de papel impreso, pero que es lo mismo que si estuviera en blanco.

Por eso, cuando se funda un periódico o revista y empiezan por querer catequizar al público por medio de sueltos hechos por los mismos fundadores, se me ocurre decir: *¡Siempre igual!* ¡No comprenden que el que tiene que juzgar es el lector, y no los fundadores del periódico?

L. GANTITO.

PARA VOSOTROS

LA MAYOR DESGRACIA

Os voy a referir, lectores amigos, un suceso desagradable de que fui protagonista no ha muchos días; en la seguridad de que mi fallo, para tal acto, será el vuestro.

No acertaría a contarlo si remotamente sospechase que mi secreto se podría romper mañana y mi nombre se vería acom-

pañado de una sonrisa burlona o de un gesto malicioso.

Confiada en que el arcano será inobstruible, y en que jamás las sombras que me rodean serán rasgadas por ningún curioso, aunque en tal obra ponga el empeño de Shelok Holmes; confiada, digo, en tal seguridad, me decido a confesarles un secreto de mi alma, acaso un poco sonrojante, pero nunca depresivo ni vergonzoso.

Paseaba cierta noche—no digo mal, por si alguno de ustedes pudo sorprenderlo—por una de nuestras calles más concurridas, ajena a todo cuanto tenía lugar en aquel sitio, porque mi alma, siempre inquieta, vagaba por otros mundos más amplios, más puros, menos cenagosos, más azules. Iba reconcentrado en mis pensamientos, abstraída, marchando entre mis compañeras con el descuido del que se espiritualiza al fuego de sus propias ideas. De vez en cuando, alguna pregunta de mis amigos conseguía arrancarme momentáneamente de aquel mundo de fantasía en que un pensamiento conturbador me había sumido. ¿Cuál era mi preocupación? ¿Alguno de los muchos extravíos que suelen tener los falsos y presuntuosos poetas? ¿Era mi sueño alguna utopía o algún delirio? Nada de eso. La realidad, toda la realidad que en aquellos momentos se me agolpaba ante mis ojos, fría, adusta, irónica, para mostrarme al desnudo lo que vi entre sueños mil veces y luego la razón me negaba al despuntar la aurora. Era cierto. No cabía duda. Los jóvenes seguían deslumbrándose como las alondras ante el espejuelo engañoso, que los atraía con una fuerza tentadora, irresistible. Los falsos valores del lujo y la presunción se cotizaban con increíble alza en esta gran *Bolsa* de los corazones. Nuestra bella Carretera, a la que yo he llamado escaparate de bazar, se veía en aquella noche invadida por gentes de todo linaje; desde la joven modesta que soslaya las más inocentes miradas, hasta la descarada coqueta que suplica un piropo; desde el juicioso estudiante que galantea, con sus gracias, hasta el necio que ofende con sus groserías. Todo un mundo polieromo y vario, tan distinto y múltiple como los diferentes grados de una educación. Allí se notaba la diferencia que existe entre la educación perfecta y el pulimento engañoso.

¡Ah! Dispensa, lector, que así me haya separado involuntariamente del asunto, y te haya importunado con esta digresión; pero es que la juzgué necesaria y, además, pertinente.

Decía que estaba paseando embelecida,

absorta, cuando senti cerca, muy cerca, una voz grosera y brusca que me dejó al oído esta frase, que no califico porque opino que ustedes lo harán con mayor acierto: *Las mujeres feas no deben salir a la calle.*

¿Ira? ¿Rencor? ¿Odio? Nada de eso, compasión, desprecio, lástima. Si el pobrecito no aprendió en su vida que la verdadera belleza no radica en el cuerpo, ni que la educación disimula los defectos ajenos, ¿era razonable que se le reprendiese?

No. Yo creo más justo que se le perdona, y lo más acertado sería educarle.

P. PITA.

Cuenca, 23-8-1917.

CUENTO

AMOR QUE MUERE

Había venido Martita a pasar una temporada al lado de su tío Juan y, a la vez, a reponerse de cierta enfermedad de la cual hacía poco que terminaba de curar.

No tenía esta niña angelical más de catorce años. Era morena; su rostro, fragante y carmíneo en otro tiempo, era al presente pálido, pero de una palidez interesante; sus ojos, de intensa negrura y expresión, venían a completar un conjunto de belleza femenina incomparable.

Todas sus acciones, todas sus palabras las ejecutaba y pronunciaba con gracia, en fin, parecía más bien para otro mundo donde todo fuera amor y bienandanza; no para éste donde hay bastante de ficticio y engañoso.

Con todas estas precias y particulares dotes que atesoraba, no será de extrañar que su primo Rafael, cuando llegó a conocerla, sintiera por ella cierto afecto que más tarde se trocó en un amor verdadero y santo, puro e indeleble; en un amor que iba a ser, quizás, el origen de su desdicha.

Llegaron a intinar tan profundamente que, pudiera decirse, eran más bien que primos, hermanos de todo corazón.

Todas las tardes, a la hora vespéral, salían ambos de paseo; unas, por el jardín de la misma casa; otras, a una hermosa alameda que estaba a las afueras de la población, y otras, cuando el tiempo no lo permitía, quedábanse en casa y Rafael que sabía tocar el violín, tocaba y pasaban el rato todavía mejor que saliendo a pasear; pues lo mismo uno que otra tenían como afición predilecta la música.

Los padres de Rafael miraban con buenos ojos la tan intensa amistad de éste con

su prima, y jamás pudieron creer, ni siquiera sospechar, que se tuvieran otro querer distinto del de familia.

Pero es porque el verdadero amor, sólo es advertido por las personas que lo sienten; y cuando esas personas ponen empeño en ocultarlo, sufren en silencio, pero oculto queda.

II

Aquella tarde Rafael y Martita salieron de paseo más temprano que ninguna y dirigieron sus pasos hacia la alameda.

Paseaban, como siempre, en animada conversación haciéndose mutuas preguntas y mutuas confesiones surgidas del momento.

Dijole Rafael que él tenía dieciocho años y que, según el gusto de su padre y el suyo, estudiaría para militar; pues había terminado por entonces el grado de Bachiller.

Muy del agrado de su prima debió ser esto, a juzgar por las siguientes palabras:

—¿Luego tú vas a ser militar? Haces bien. Por lo menos sabrás conservar nuestro glorioso apellido.

Y siguieron paseando, en silencio, bajo la frondosa arboleda que les preservaba de los rayos que, con feroz inclemencia, lanzaba el sol.

Iba Rafael, al parecer, preocupado; pensaba en algo, por fin, rompió aquel silencio diciendo:

—Martita, has visto alguna vez belleza más inmensa que la producida por el claror de la tarde al reflejarse en las verdes hojas de estos árboles; ni grandeza más sublime que la calma y el frescor que produce el arroyuelo; ni perfume tan encantador como el que exhalan esas flores; ni...

Entusiasmada le estaba oyendo su prima pero, efecto del entusiasmo, le interrumpió para decirle:

—Chico, hablas muy bien. Eres un poeta. ¿Por qué no escribes una novela?

No debió hacer gran caso Rafael de estas bromistas palabras de Martita cuando añadió:

—Pues bien. Mucho más bello, más grande, más encantador que todo eso, es el amor que profeso a una mujer.

Quedóse fijo un momento en el gracioso semblante de su prima, hasta que ésta le dijo:

—Pero tú amas. ¿Es posible? Dime, ¿quién es esa mujer?

Fué esta una pregunta que le dejó sumido en un caos de confusiones; al mismo tiempo una lividez extraña aparecía en su faz; lividez, que no pasó desapercibida para Martita, por lo cual no se atrevió a hacerle ninguna otra pregunta y esperó a que él, por propio impulso, contestara.

Después de unos momentos y de haberse tranquilizado un tanto, dijo Rafael a su simpática y bella prima:

—Me preguntaste que quién era esa mujer, verdad. Pues... mira Martita, no quieras saberlo ahora... ya lo sabrás...

Hacia poco que habían regresado del paseo. Durante el corto trayecto que les faltaba por recorrer para llegar a casa de Rafael, no hablaron nada; y cuando ya la noche empezaba a tender su negro sudario, fingiendo una alegría que no tenían, pasaron sonrientes a la casa.

III

A la mañana siguiente, levantóse Rafael y, como de costumbre, esperó a su prima para desayunar juntos.

Su tardanza era tanta, que llegó a inquietarle hasta el extremo de llamar a una criada; así lo hizo. Apareció la criada, y le preguntó que si se había levantado Martita, a lo cual ella contestó que no; entonces, Rafael, le preguntó nuevamente que si sabía el motivo de no haberse levantado; la criada le dijo, que debía de ser por habersele recrudecido la enfermedad de que ya se creía curada, a lo que había contribuido, en gran parte, el insomnio y la deliración en que había estado toda la noche.

Cabizbajo, y con la mano sobre la frente, se quedó a oír esto. Las más pesimistas ideas le agitaban y temblaba ante la de que muriera sin comprender: que la mujer por él amada era ella, y solamente ella.

Preguntó al médico sobre el estado de su querida prima, éste le respondió que contados eran los minutos que le quedaban de vida; entonces, perdida toda ilusión, casi loco, quiso hablarla, contemplarla, al menos, en los tristes momentos de agonía, pero... acudió tarde: Martita estaba muerta.

Cuando los dos juveniles corazones se amaban cierta y entrañablemente, la muerte, con su implacable guadaña, segó en flor aquél amor.

No hay un sólo día en que, taciturno, triste, silencioso, deje de ir Rafael al cementerio y allí, mientras deposita un ramillete de flores sobre la tumba de su amada, una fervida oración se escapa de sus labios...

CRUZ M. ESPADA.

ME PARECE MUY BIEN

He leído con agrado en el número anterior un trabajo superior, bien escrito y razonado.

No sé quién será «P. Pita», mas tiene razón completa y es digna de que un poeta le cante a esa señorita.

Y es muy extraño por cierto que algún autor consagrado o algún poeta inspirado no haya apoyado su aserto.

Que eso de considerar a la mujer inferior, cuando al hombre es superior, eso... ni está regular.

La mujer, debe pensar y en la vida intervenir, y lo demás no es vivir, sino un continuo peñar.

Eso de que se coarte su libertad en la acción, para eso no habrá razón ni aquí ni en ninguna parte.

Y eso de que la mujer maude sólo en la cocina o alterne con la vecina, no tiene razón de ser.

Así es que, en cuestión tan honda, sin faltar a la verdad, con toda formalidad doy mi opinión limpia y monda.

Que me parece muy bien lo que hace esa señorita, y que de fijo es «P. Pita», una mujer de «chipén».

Que lo que debe de hacer es su empresa no dejar, y en su empeño no cejar de hacer libre a la mujer.

Y a no consentir la ofensa, pero no se ha de olvidar que pronto debe formar una *junta de defensa*.

Y si apoyo necesita, me ofrezco de corazón, quedando a disposición de la anónima «P. Pita».

ZERAUS.

El tesoro del bienestar

Cierto día corrió por una populosa ciudad una nueva que vino a turbar la calma del pacífico vecindario. Se trataba de un sabio que se había instalado en una cueva, algo más modesta que las de los cuentos de Irving, que estaba próxima a la población. El cronista no recuerda bien sus condiciones fisonómicas, así es que deja al arbitrio de cada uno la reconstrucción de su figura. Por otra parte, todos tenemos una muy especial manera de concebir estos arquetipos de la humanidad, y no hemos de reñir por detalle más o menos. En lo tocante a sabios, hay bastante diversidad de opiniones. Quién, piensa que han de ser como el palo de una escoba de secos, y los demás reputa *Epicuri de grege porci*; quién, les exige que vayan raídos, como el Licenciado Cabra, y hasta en llevar o no unas livianas gafas hay quien funda la tan inquietante piedra de toque. Sólo mediante esta subjetividad se explican las que pudieran parecer incongruencias, como ocurre alguna vez al conocer a un hombre de talento reconocido: «Pues, la verdad: tiene cara de bruto». Así, pues, saque el lector del almacén de su fantasía el patrón correspondiente, y luego se lo endose a nuestro protagonista, seguro de que yo quedaré tan agradecido por su ayuda como él en su

punto y poco quejoso. Únicamente, y esto lo digo en descargo mío, creo recordar que el tal sabio debía tener edad bastante avanzada, y que sus ojos, brillantes como carbunclos, iluminaban un rostro casi oculto por la espesa maraña de sus caballos y barba blancos, que se había dejado crecer por no desmentir, tal vez, a sus predecesores en la busca de tan generosa empresa o por no ser tomado por un sabio contrahecho o un charlatán de a cuatro por esquina.

Según la fama, esta desenfadada hembra que gusta de comadrear y dar a los oídos, necios y discretos, así lo humano como lo divino, había recorrido los morabitos más célebres, los hipogeos de más misterio, y más de una noche la luna había ayudado a entablar animado coloquio con los astros, recostado en el borde de alguna ziggurat caldea, a este genio que recorría los países removiendo osarios y acoplando mamotretos que constituían su bagaje. Hasta se llegó a decir que había sorprendido los secretos del templo de Salomón, y un escritor arábigo afirma que ningún espíritu le era rebelde, bien que nosotros tenemos esto por apócrifo, ya que lo dice un infiel. Y tampoco era ajeno a las prácticas morales más pías; antes bien, se cree que tenía bien ganados más de los tres cuartos del paraíso. En una palabra, después de muchos estudios, había dado, no ya con secretos de la hermética o la astrología, sino con el bienestar y con los medios de proporcionarlo a cuantos acudiesen a él.

Así que se hubo consolidado y adquirido fuerza este rumor, los más corrieron en su busca, y atropellándose, temerosos de que aquel prodigio desapareciera, tanto que las puertas de la ciudad eran insuficientes para dar salida a aquel hormiguero, y hasta los guardias encargados de ordenar la salida, corrieron en busca de aquella verdadera panacea. Era de ver cómo luchaban por salir los primeros, que no parecía sino que sólo iban a alcanzar aquel don los más esforzados; pero por fin todos fueron saliendo y a todos era concedido lo que pedían.

Los más atolondrados ni siquiera se detenían a pensar dónde estaría su bienestar, y así fueron los primeros los desocupados, que ni aun sabían qué pedir al llegar al lugar; doncellas que pedían la fidelidad de los amantes, maridos desdichados que querían verse libres de sus mujeres, algunos poetas impulsivos que llegaban sudorosos, como si hubiesen tratado de escalar a pie el Parnaso, y otras especies que tenían exaltación, ligereza y un cierto afecto hacia la felicidad. Acudían familias en tropel; el hijo pedía los bienes del padre, el padre verse libre de dotar a sus hijas, las hijas la ruina del hermano, y así se sucedían, formando un perfecto barullo, las más bizarras y opuestas peticiones. Los que no dejaban de consultar todos los auspicios divinos y humanos para

echar una llueca o para cualquiera otra minucia, no se pararon a pensar cómo pudiera ser la felicidad, ni cómo adquirirla. Tan hechos estaban a pensar que la encontrarían detrás de una esquina y en cualesquiera expertas y generosas manos!

Vinieron después personas de mayor gravedad y discurso. Entre ellas se mostraban comerciantes, profesores, filósofos... Estos ya no pedían tal o cual aspiración, sino que exigían a secas el *bienestar*, y ya venían torturando sus cerebros para ver cómo una vez obtenido habían de esconderlo, venderlo, robarlo o discutirlo. También esto consiguieron, y era de ver cómo personas de tanto aplomo volvían a sus casas haciendo las más grotescas contorsiones, olvidados de su circunspección habitual y de la compostura que les era debida, y las más risibles alabanzas del mago, santo o lo que fuere.

Ya se iba haciendo raro el concurso y el sabio se disponía a abandonar la ciudad, mientras que sus cejas se enarcaban más y más y su rostro tomaba una expresión de amargura, cuando vio venir hacia él un anciano, muy anciano, que llegaba sufriendo el cansancio y las burlas de los que encontraba, a quienes no parecía bien, por lo visto, que aspirase a estos beneficios a su edad.

«¿Es cierto que concedes el bienestar?—le preguntó al llegar—. ¿Dónde hallarlo? ¿Cómo lo he de usar? Mientras que el semblante del mago se animaba por la alegría que le causaba encontrar siquiera una criatura desconfiada y prudente. Y en esto le comenzó a otorgar lo que buscaba, diciéndole qué era y en qué consistía. «Nunca te proporcionarás—le decía despidiéndose—una dicha que se oponga a la de tus prójimos, ni la alcanzarás a costa del dolor ajeno. Sé cunto y parte el bien con los demás.»

Pasaron los días. Los amantes encontraron imperfecciones en las amadas que consiguieran, y estallando una guerra con la ciudad vecina, la moneda perdió su valor; las madres vieron morir a sus hijos, los poetas ensombrecerse a las musas y tomar gestos aterradores, los filósofos trabajaban para obtener la razón de la guerra para su patria, los letrados asistían al derecho de gentes, maltrecho a la sazón, y la ciudad entera se había entristecido. Mientras tanto, sólo el viejo de nuestro cuento era feliz; pero sus achaques no le permitieron sobrevivir más de ocho días a su alegría. De esta manera, la felicidad, dignándose visitar a un pueblo, sólo recibió albergue en el pecho de un viejo.

Desde entonces, se dice que todas las noches un espíritu en figura de triste hada viene a llorar a la caverna, donde el viejo quiso ser enterrado. Junto a él, sonreía la sombra del anciano, salida del sepulcro, y es fama que por mucho tiempo tan sólo

se vió en la comarca socorrida por la felicidad esta sonrisa, la sonrisa de una sombra.

MERLIN.

SONETO

A una ingrata

Tú que impasible a mi penar impío
e indiferente siempre a mis clamores
me hieres con desdenes y rigores
y mis caricias pagas con desvío:

si hoy desoyes cruel el ruego mío,
mañana, cuando ceda a los furores
de mi dolor tenaz, de mis amores
verás la prueba en mi sepulcro fío.

No bastará que entonees, condolida,
llores con pena allí mi infausta suerte
y recuerdes mi amor compadecida.

Pues si a la calma de tu pecho inerte
se rompe el hilo feble de mi vida,
¿remediarán tus lágrimas mi muerte?

LEPIDÓPTERO NOCTURNO.

ESCUELAS NORMALES

Las matriculas de enseñanza oficial del curso 1917 a 1918, quedarán abiertas en las escuelas de maestras y maestros, todos los días laborables del próximo mes de septiembre, de once a doce de la mañana en la de maestros, exceptuando el día 30, que podrán hacerse hasta las veinticuatro horas en las secretarías de ambas escuelas.

Talleres tipográficos

de EL DÍA DE CUENCA

Impresión de revistas ilustradas, libros, catálogos, foiletos, circulares, cartas, facturas, talonarios y toda clase de trabajos de imprenta. Estos talleres disponen de elementos que les permiten ejecutar los trabajos con sin igual rapidez y economía.

Visítad esta casa para cerciorarse de lo económico de nuestros precios.

"LA MODERNA," **Bautista Vindel**

36, Calderón de la Barca, 36

...: ZAPATERÍA ...:

ESPECIALIDAD

en calzado de lujo, última novedad

CALZADO A LA MEDIDA

Prontitud

Economía

Colegio de San Carlos

Primera y Segunda Enseñanza

Quince de Julio, 25.—Cuenca

DIRECTOR

D. Lorenzo Fernández Calderón

Correspondiendo al incesante favor de los padres, este establecimiento ha adquirido un hermoso edificio que reúne todas condiciones de capacidad e higiene que pueden exigirse.

En este edificio y accediendo a los requerimientos de algunos padres, se establece desde primero de curso un internado donde los alumnos, además de la enseñanza, ya de todos bien conocida, recibirán una alimentación sana, abundante y nutritiva.

También se crea media pensión.

La educación moral y religiosa está a cargo de un ilustrado sacerdote.

Esperanza Ruiz

BORDADORA

Se hacen toda clase de labores de bordado, tanto en blanco como en color.

Alonso de Ojeda, 18
...: (principal) - ...:

: CUENCA :

SE RECIBEN

encargos de bordado inglés y encajes de bolillos.

Mariano Catalina, 22

CUENCA

Importantísimo

AGRICULTORES:

Es de tanto interés atender a la cría y engorde del ganado de cerda y aves del corral, como al cultivo del campo, por ser unos y otros fuentes de inagotable riqueza.

Siempre se suele decir que este es un negocio que proporciona más gastos que beneficios, pero no es así; la experiencia nos ha demostrado que una alimentación sana y nutritiva aplicada convenientemente es de sorprendentes resultados.

El producto alimenticio **Polvos Dinamo**, de tanto renombre en España y América por sus excelentes efectos, debe usarse en todas las casas de labor, si se quieren obtener cerdos gordísimos y aves muy ponedoras con un doble del peso corriente.

Los **Polvos Dinamo**, a más de aumentar el peso, tienen la propiedad de evitar un sin número de enfermedades.

DESCONFIAD DE TODAS LAS IMITACIONES. **Polvos Dinamo**, sólo se expenden en paquetes de medio kilo, al económico precio de dos pesetas paquete.

De venta: En todas las Droguerías y Tiendas de Ultramarinos de España y América.

En Cuenca: Droguería de P. Montero. M. Catalina, 48.

Relojería

— DE —

Enrique Monjas

7, MARIANO CATALINA, 7

Esta casa ofrece a su numerosa clientela, y a precios sumamente baratos, las mayores novedades en relojes de pared, bolsillo y pulsera. También en cadenas chapadas, plata y níquel, para señoras y caballeros.

Composturas a precios grandemente módicos, garantizándose todas ellas.

Se graban toda clase de objetos



SOMBRERERÍA

Y GORRERÍA

vende a precios baratísimos. Presenta las últimas novedades y lo mejor que se fabrica.

Ojo con equivocarse

MARIANO CATALINA, 22

CUENCA